

CANARIAS, OTRA MIRADA: viajeros, exploradores y naturalistas

Canarias ha sido, desde las postrimerías de la Edad Media, un pórtico entre continentes, un enclave europeo anclado en un mar geográficamente africano, pero proyectado hacia un horizonte que anuncia tierras aún por descubrir y explorar. De ahí que los navegantes, aventureros, comerciantes, militares, religiosos, naturalistas, científicos, literatos o simples viajeros que en ellas recalaron se hayan sentido en un territorio en cierto modo familiar y, sin embargo, ignoto.

En un primer momento, el interés por este espacio insular era eminentemente práctico y estaba ligado, sobre todo, a la orientación y la navegación marítimas: el Teide era un faro gigantesco que los barcos oteaban desde muy lejos como referencia de su rumbo y las Islas representaban los últimos pedazos de tierra en esta zona del Atlántico que permitían verificar si la ruta era correcta. Por otra parte, las facilidades para el abastecimiento de agua, víveres y otras provisiones que ofrecía el Archipiélago Canario hicieron que, sobre todo en los siglos XVIII y XIX, se convirtiera en una escala casi obligada en las comunicaciones marítimas con los demás continentes y, al mismo tiempo, en el primer lugar de exploración de unos viajeros que, sabiéndose todavía en los confines del Viejo Mundo, descubrían asombrados una tierra exótica y llamativa muy diferente de la de sus países de origen.

Así, los marinos y científicos aprovecharían las breves escalas técnicas que tenían lugar en los distintos puertos canarios para recorrer el terreno, recoger plantas, realizar observaciones de distinta índole y, si nada lo impedía, hacer la consabida ascensión al volcán tinerfeño. Es fácil comprender, pues, que si a su privilegiado emplazamiento y a su doble condición de término e inicio se añaden sus peculiaridades geológicas, botánicas o climáticas, las Islas se erijan en una especie de laboratorio de pruebas para los naturalistas que formaban parte de las grandes expediciones científicas transoceánicas. De este modo se van desvelando paulatinamente los tesoros de este territorio atlántico.

La relación de tan ilustres visitantes supera varios centenares de nombres que han dejado constancia de su experiencia insular en un considerable número de libros, relatos de viaje, diarios, informes, memorias, cartas, herbarios, muestrarios, mapas, dibujos o fotografías. Este legado, que ha contribuido en no pocos casos al avance de la Ciencia en diversos ámbitos, constituye, sin ninguna duda, una fuente documental de primer orden que no sólo ha permitido interpretar –y en parte reconstruir– la historia reciente del Archipiélago y la idiosincrasia de sus habitantes, sino que también ha procurado un mejor conocimiento de su singular medio natural y físico o de sus distintas realidades socioeconómicas.

Cuanto sigue es una breve síntesis de esta apasionante historia.

